

# Reseñas de libros

---



# Familias empresariales en México. Sucesión generacional y continuidad en el siglo XX

---

Araceli Almaraz y Luis Alfonso Ramírez (coordinadores). *Familias empresariales en México. Sucesión generacional y continuidad en el siglo XX*, El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana, 2016, 329 p.

Explican Luis Alfonso Ramírez y Araceli Almaraz que el libro *Familias empresariales en México* tuvo como origen una convocatoria emitida por el Dr. Mario Cerutti (UANL) para que un grupo de investigadores nacionales discutiera y revisara casos de familias empresariales mexicanas de enjundia y las comparara entre sí. Se realizaron dos seminarios para efectuar este trabajo, uno en 2012 y otro en 2013, los que fueron auspiciados por el COLEF, la UANL y la UADY. Un criterio de selección para ello fue que se pudieran distinguir cuando menos tres generaciones de empresarios en una misma línea de sucesión.

Los coordinadores de la obra se preguntan si en pleno siglo XXI puede hablarse de “familias empresariales” como un tipo de organización competitiva en un mundo que pareciera ser cosecha para los grandes corporativos. Su respuesta es que la conformación de las familias empresariales “[...] no es opuesta ni sustituible a la aparición de los grandes corporativos” (p. 41). “Como dan cuenta todos los autores de este libro –agregan Almaraz y Ramírez–, en este ambiente social y económico que acompaña al siglo XXI en México continuará la presencia de empresas familiares y de familias empresariales” (p. 44).

Además de ser coordinadora de la obra junto con Luis Alfonso Ramírez, Araceli Almaraz desarrolla en un capítulo la discusión sobre la categoría de “familia empresarial” en sus dimensiones económico-institucional y socio-parental. Establece: “Las dos dimensiones son fundamentales, tanto por los lazos *per se* que estructuran a las familias

como por las relaciones parentales [...]” (p. 47). Y basada en amplias fuentes, más su propio análisis, Almaraz postula una metodología basada en primero ubicar las empresas familiares, para posteriormente ver “si el papel de la familia se ha sostenido como un activo en el diseño de las estrategias del negocio [...] y cómo la familia continuó generación tras generación detrás de los negocios familiares madre o núcleo, hasta completar una genealogía empresarial y familiar [...]” (pp. 59-60).

La primera familia analizada fueron los Zambrano, en y desde Monterrey. Su autor es Mario Cerutti. En la introducción aporta nociones fundamentales, para luego señalar que el patriarca de estos empresarios es Gregorio Zambrano Guajardo, “jefe de una casa mercantil que operaba en el noreste fronterizo a mediados del siglo XIX”, a la par de otras familias locales o llegadas del exterior (pp. 89-91). Gregorio Zambrano y Josefa Martínez procrearon diez hijos, siendo Adolfo el más emprendedor. Zambrano incursionó en el comercio, la minería, el campo, la industria fabril, los bienes raíces y las finanzas.

De 1930 a 1955, algunas de las empresas fundadas por o con participación de los Zambrano fueron: Cementos Mexicanos, Sociedad General de Crédito, Focos Mexicanos, Empaques de Cartón Titán, etc. Es amplio el comentario de Cerutti acerca de Cementos Mexicanos, empresa que entre 1948 y 1970 incrementó sorprendentemente su capacidad de producción, para luego recibir un fortísimo impulso bajo el timón de Lorenzo Zambrano Treviño.

Otra corporación Zambrano es Metalsa, empresa madre del grupo Proeza. Metalsa, que derivaba de Manufacturas Metálicas Monterrey (1956) creada por Guillermo Zambrano Gutiérrez, fue fundada en 1988 por Guillermo Zambrano Lozano y continuada por sus hijos Zambrano Benítez. El grupo Proeza tiene en la actualidad tres divisiones: Metalsa, Zánitas y Citrofrut. Escribe Cerutti: “Aquí una pregunta clave sería la siguiente: ¿ha desaparecido el tejido empresarial en Monterrey? Los problemas que todavía enfrenta Cemex, la traumática quiebra de Fundidora de Fierro y Acero (1986), la venta de Cervecería Cuauhtémoc, los dilemas de Vitro,

¿han destruido su tejido productivo [...]? No parece ser así [...]. En una trayectoria empresarial regional con dichas características puede quebrar o desaparecer una gran empresa, pero el tejido familiar (el conjunto, la telaraña, el armazón) subsistirá” (p. 122).

El segundo trabajo incluido en *Familias empresariales en México* corresponde a Dulce María Sauri. Es sobre los Ponce de Yucatán, familia que extiende sus raíces a lo largo de cinco generaciones. “A diferencia de otras familias empresariales yucatecas que ligaron su destino al agave –señala Sauri–, la familia Ponce logró sobrevivir al henequén y diversificar su actividad económica, para arribar al siglo XXI como el grupo empresarial peninsular de mayor relevancia” (p. 126). Procede del auge y final del periodo porfirista, pasó por la Revolución, sobrevivió al agrarismo cardenista y pudo superar las distintas crisis de las últimas décadas del siglo XX, para entrar al siglo XXI con nuevas alternativas de desarrollo.

Mucho contribuyó a este crecimiento empresarial el que a mediados del siglo pasado Yucatán haya quedado comunicado por ferrocarril y carretera al resto del país. Los genearcas de esta familia fueron José María Ponce y Manuela Cámara (1861-1913); la segunda fueron los 11 hijos de éstos (1914-1931); la tercera, Arturo y Fernando Ponce Cantón (1931-1979); la cuarta, los descendientes de éstos (1979-2005); y la quinta y actual, los nietos de Arturo y Fernando Ponce (2005- ).

Resulta interesante ver el inicio de la Cervecería Yucateca, que nació en 1900 “como una empresa familiar en su propiedad y en su administración” (p. 136), fabricando las marcas “La Estrella”, “El Conejo” y “La Mestiza”, para luego sustituirlas por las de “Carta Clara” y “León Negra”. Los Ponce vendieron en 1979 la Cervecería al Grupo Modelo.

Sauri destaca la capacidad e inteligencia de los Ponce para irse diversificando, lo que habían iniciado muchos años antes, puntualizando que lo que ahora es el Grupo Bepensa incluye la integración de ejecutivos que no necesariamente forman parte del círculo de parientes. Otro aspecto interesante en el trabajo de la investigadora es el haber incluido que entre los descendientes de

Alberto Ponce Cámara están Manuel Barbachano Ponce, cineasta; Juan García Ponce, escritor; y Fernando García Ponce, pintor (p. 165).

Y para continuar en el Sureste, viene un tercer trabajo, éste de Luis Alfonso Ramírez, el que se titula “El cedro y la ceiba [...]”. Su relato es sabroso; se diría que poético, sin faltar a la historicidad. Se trata de la familia Abraham, que llegó de Líbano a Yucatán a finales del siglo XIX, “[...] endogrupo sobre el cual se tejieron redes de solidaridad que fueron al mismo tiempo redes de negocios de parentesco y matrimonio, incrustadas unas en otras [...]” (p. 169). Ramírez cita otros apellidos libaneses en México. Aporta datos interesantes: que hay un *Directorio Libanés* que da cuenta de las migraciones a la Península; cédulas migratorias (F: 14) expedidas por el gobierno mexicano entre 1926 y 1950; más otros libros y registros fotográficos.

La madre y abuela de los Abraham fue María Anjul Tannous de Daguer, vendedora, quien, “a pesar de no saber leer, escribir ni hablar español, inventó un ingenioso sistema contable de círculos y rayas para marcar las deudas y los abonos de su clientela [...]” (p. 183). Narra Ramírez con quiénes se casaron las cuatro hijas de este matrimonio, que por ser mujeres perdieron el apellido pero cuya rama más exitosa, la de Massad Abraham y Salima Dáguer (segunda de las hijas), es la familia libanesa estudiada.

Los propietarios del Grupo Abraham tienen en la actualidad supermercados, maquiladoras, constructoras, empresas de bienes raíces, almacenes de ropa y telas, y muchos otros negocios. Concluye Ramírez: “Con base en esta identidad compartida se construyó un etnogrupo, sobre el que se incrustó el parentesco extenso trigeracional, permitiendo el desarrollo de familias empresariales exitosas, como las del Grupo Abraham” (p. 206).

El cuarto trabajo en *Familias empresariales en México* corresponde a María Eugenia Romero. Ella analiza y comenta las tres sucesiones en una familia empresaria: los Coppel de Sinaloa, 1940-2010. Se trata de inmigrantes judíos cuyo origen se remonta a la

Polonia del siglo XIX. Isaac Kopel Kolchevski nació en 1836. Isaac, de 18 años, se embarcó de Hamburgo a Nueva York, pasó luego a California con la fiebre del oro y finalmente se instaló en Arizpe, Sonora. En 1860 contrajo matrimonio con Encarnación Vázquez. La pareja tuvo tres hijos: Isaac, Enrique y Elena. En 1873 Isaac y Encarnación ya estaban en Mazatlán, por entonces el principal puerto del Pacífico. Al enviudar, se casó con María Vidal, que le dio dos hijas; y en un tercer matrimonio se unió con Carmen Marini, con la que tuvo nueve vástagos más.

Con sus hermanos, Isaac Kopel Vázquez estableció una tenería y comenzó a fabricar zapatos y otros artículos de piel. Luego compró propiedades para arrendarlas. En 1920 murió el genearca y dejó el negocio en manos de sus hijos Isaac y Enrique. El Grupo Coppel proviene de la empresa fundada por Enrique Coppel (aparece la doble pe y la k se convierte en c) Vázquez, quien se casó en Culiacán con Isabel Rivas Bustamante. Los hijos van a ser Coppel Rivas. Isaac Coppel Rivas se mudó a Mazatlán y allí se casó con Inés Tamayo Amador, y de este matrimonio provienen los Coppel Tamayo. Luis Enrique Coppel Tamayo es el padre de los Tamayo Luken, Enrique y Agustín, al casarse en 1947 con Yolanda Luken Aguilar.

Para 1970 Enrique Coppel Luken transformó el negocio introduciendo la tarjeta de crédito. En 1999 eran ya 50 tiendas y en 2002 compraron la fábrica de Calzado Canadá. En 2008, Enrique Coppel Luken entregó a su hermano Agustín una empresa que había crecido y ocupado prácticamente todo el territorio nacional. En ese año, Coppel “empleaba a 40 mil personas y sus ventas ascendían a casi 30 mil millones de pesos” (p. 229). Agustín Coppel renovó las principales posiciones gerenciales y muy pronto pudo ofrecer tres servicios: tienda, banco e hipotecaria. Actualmente son 800 tiendas, que dan servicio a unos 12 millones de personas. Y, “sin fracturar a la empresa ni a la familia” (p. 241), los Coppel se han lanzado a la construcción de una ciudad privada de mil hectáreas en Culiacán, La Primavera, donde cada lote cuesta alrededor de un millón y medio de pesos, quedando la construcción a cargo del dueño del terreno.

Un quinto trabajo corresponde a Lylia Palacios, quien aborda el Grupo de los Salinas Pliego, dando los antecedentes del mismo, pues la historia arranca en Monterrey con Benjamín Salinas Westrup y Joel Rocha Barocio (SyR), quienes iniciaron con un negocio de camas de metal en 1906, para luego, en 1919, después de la Revolución, pasar a ser fabricantes de camas y muebles y arrancar hacia 1920 con tiendas que vendían a crédito, llegando a sumar en la década de los treinta del pasado siglo una matriz y once sucursales, negocio que continuaría creciendo hasta su suspensión de pagos en 1983 por deuda contraída en dólares y su venta en 1999 a los Salinas Price. Las cuatro generaciones son, por tanto: Benjamín Salinas Westrup, Hugo Salinas Rocha, Hugo Salinas Price y Ricardo Salinas Pliego (p. 253).

Familia empresarial, los Salinas Rocha, y luego Salinas Price y Salinas Pliego desde finales de la década de los cuarenta iniciaron una “especie de competencia” (p. 265), estableciendo un negocio paralelo al de sus primos los Salinas Garza, que fue el origen de la actual Elektra. Fabricaban radios y televisores y los vendían casa por casa. Para 1957 abrieron la primera tienda comercializadora. En 1986 eran 50 tiendas y una planta manufacturera. En 1994 superaron las ventas de SyR. Para 1993, Elektra ingresó a la Bolsa Mexicana de Valores. En 1996 el grupo firmó contrato con Western Union y en 2002 creó el Banco Azteca. En 2012 adquirió Advance America, para préstamos de corto plazo.

Ya desde 1993, los Salinas Rocha-Salinas Pliego habían comprado Imevisión, que se convertiría en TV Azteca, diversificándose después a seguros, comunicación electrónica, educación superior (CNCI), servicios de boletaje, centros de convenciones, diario *El Horizonte* y muchos otros negocios, todos en familia. El grupo obtuvo en 2012 ingresos anuales superiores a los 7 mil millones de dólares.

Y un último capítulo es el de Arturo Carrillo, quien aborda familias empresariales en el sector agrícola sinaloense, siguiendo el mismo criterio de que se de, cuando menos tres generaciones en la línea sucesoria empresarial. Explica el autor de este texto que utiliza en el trabajo el enfoque denominado *generación epocal*, retomando las ideas de “generación” e “historicidad” de José Ortega y Gasset y



John B. Foster, por considerarlas aplicables al presente estudio. Así, la *generación empresarial epocal* en cuestión son aquellos empresarios exitosos en una región o país, “que viven una trayectoria empresarial similar durante una de las fases del ciclo largo económico (de crisis-depresión-estancamiento o recuperación-expansión) y sus estrategias empresariales se adecúan exitosamente a ese contexto [...]” (p. 288).

Carrillo analiza particularmente los casos de las familias empresariales agrícolas de Sinaloa durante el Porfiriato (Almada, Martínez de Castro, Reda, De la Vega, Clouthier, Andrade, Tamayo); la Revolución y Posrevolución (Bond Bustamante, Amézquita, Podesta, Cárdenas Izabal, Bátiz, Saracho, Echavarría, Beltrán, Paredes, Gastelum); las décadas 1940-1950 (Tarriba, Chaprales, Canelos, Petruías, Gatzionis, Demerutis, Stamatopulos, Crisantes, Georgelos); y de 1970 a 1990 (Ritz, Hernández, Espinoza de los Monteros, Mendoza, Carrillo Ley, Guerrero Vega, Castro Villaverde, Gárate Osuna, Jaramillo Torres, Ávila, Gallardo, Stamos, Haberman, Escobar), muchos de ellos de origen español, italiano, norteamericano, griego y chino.

Cada capítulo contiene una amplia bibliografía y el epílogo es interesante porque establece que “el campo temático de la empresa familiar, interdisciplinario por definición, tiene que adquirir legitimidad en los debates de sociología económica, antropología económica y, con mayor puntualidad, en el campo de las ciencias administrativas” (pp. 317-329). Se trata, pues, de un libro que resulta ser una valiosa aportación a la historia económica nacional. La edición, muy cuidada, estuvo a cargo de la Coordinación de Publicaciones del Colef, y el diseño de portada es de David Pérez.

José Roberto Mendirichaga

Universidad de Monterrey

